

CAPÍTULO XII

Transfiguración.

Luego que la compañera de Remigio acabó su plegaria, se levantó tan hermosa y radiante, que el conde no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa y de admiración. Parecía salir de un profundo sueño, cuyas imágenes hubiesen agitado su mente alterando al mismo tiempo la serenidad de sus facciones, sueño de plomo que imprimen en la húmeda frente del que duerme los tormentos quiméricos del delirio.

Ó más bien se asemejaba á la hija de Jairo, vuelta á la vida desde el seno de la muerte, y levantándose del sepulcro purificada y digna del cielo.

Luego que la joven salió de este letargo dirigió á su alrededor una mirada tan dulce, tan suave, de

tan angelical bondad, que Enrique, crédulo como todos los amantes, se figuró que por fin iba á compadecerse de sus penas y á ceder á un sentimiento, ya que no de cariño, al menos de gratitud y de piedad.

En tanto que los gendarmes dormían sobre los escombros del descampado después de haber comido, y que el mismo Remigio se rendía al sueño y apoyaba su cabeza en la barrera que servía de sostén á su banco, Enrique fué á colocarse junto á la dama, y con acento tan pausado y contenido que parecía un murmullo de la brisa, le dijo :

— ¡Ah, señora! Vos vivís.... Permitidme expresar toda la alegría que no puede contener mi corazón al veros aquí, en completa seguridad, después de haberos visto á orillas del sepulcro.

— Es cierto, respondió ella, vivo por vos, y quisiera, continuó sonriéndose tristemente, poder decir que os lo agradezco.

— En fin, señora, replicó Enrique haciendo un esfuerzo sublime de amor y de abnegación, me felicito de ello, aunque sólo haya conseguido salvaros para restituiros á las personas que amáis.

— ¿Qué estáis diciendo?

— Á las personas que ibais buscando por medio de tantos peligros, añadió Enrique.

— Caballero, los que yo amaba han muerto; los que iba buscando también.

— ¡Ah, señora! murmuró el joven cayendo de hinojos, volved la vista hacia mí, que tanto he sufrido y que tanto os he amado. ¡Oh! No separéis así vuestras miradas; vos sois joven y hermosa como un ángel del cielo; leed, pues, en mi corazón,

que abro delante de vos, y veréis que no contiene un átomo de amor como lo comprenden los demás hombres. ¡No me creéis! Examinad una por una las horas pasadas. ¿Cuál de ellas me ha traído un placer? ¿Cuál me ha halagado con la esperanza? Y sin embargo, he persistido. Me habéis hecho llorar, y he bebido mis lágrimas; me habéis hecho padecer, y he devorado mis dolores; me habéis arrojado á la muerte, y yo la invocaba sin quejarme. Ahora mismo, cuando volvéis la cabeza hacia otro lado, cuando cada palabra mía, por ardiente que sea, sólo parece una gota de agua helada al caer sobre vuestro corazón, mi alma está llena de vuestra imagen, y yo no vivo sino porque vos vivís. ¿No me disponía á morir ahora mismo á vuestro lado? ¿Qué he pedido en recompensa? Nada. ¿He tocado siquiera vuestra mano, como no haya sido para libertaros de la muerte? Os he tenido entre mis brazos para disputaros á las olas; ¿pero habéis sentido la presión de mi pecho? No: yo no tengo más que alma, porque todo en mí ha sido purificado por el fuego intensísimo del amor.

— Por piedad, caballero... no me habléis de ese modo.

— También os pido por piedad que no me condenéis. Me han dicho que á nadie amáis... ¡Oh! Repetidme esto mismo, dadme esa seguridad, porque aunque es una desgracia para el que ama oír que no es amado, para mí es un consuelo si al mismo tiempo me decís que sois insensible para todos los demás. ¡Señora! señora, única mujer á quien adoro... respondedme.

A pesar de las instancias de Enrique, un suspiro fué la única contestación de la dama.

— Nada me decís, añadió el conde. Remigio á lo menos se ha compadecido de mí más que vos, pues ha procurado consolarme. ¡Ay! Veo que no me contestáis, porque no queréis decirme que habéis venido á Flandes á reuniros con otro más feliz que yo, aunque soy joven, aunque en mí recaen las esperanzas de mi hermano, aunque me veis morir á vuestros pies sin decirme siquiera: « he amado, pero no amo, » ó bien: « amo, pero cesaré de amar. »

— Señor conde, repuso la dama con dignidad, no me digáis esas cosas que se dicen á una mujer, porque yo soy una criatura del otro mundo y no vivo ya en este. Si os hubiera creído menos noble, menos caballero, menos generoso; si no abrigara hacia vos en el fondo de mi corazón el tierno cariño de una hermana, os diría: — Levantaos y no importunéis por más tiempo unos oídos que aborrecen palabras de amor. — Pero no os diré eso, señor conde, porque yo también sufro al veros padecer. Más voy á declararos: ahora que os conozco os estrecharía la mano, la pondría sobre mi corazón y os hablaría de este modo: — Amigo mío, mi corazón no palpita, vivid á mi lado si queréis, y asistid día por día, si tal es vuestro gusto, á esta ejecución lenta y dolorosa de un cuerpo al que asesinan los tormentos del alma. — Pero este sacrificio, que indudablemente aceptaríais como una felicidad...

— ¡Oh! sí, exclamó Enrique.

— Pues bien, tampoco os lo puedo ofrecer: co-

nozco que desde hoy ha cambiado mi destino, que no tengo ya el derecho de apoyarme en el brazo de ningún mortal, ni aun en el de ese generoso amigo, de esa noble criatura que descansa en ese banco y puede olvidar un momento sus pesares. ¡Pobre Remigio! añadió dando á su voz la primera inflexión de sensibilidad que en ella notó Enrique. ¡Pobre Remigio! También tu despertar va á ser triste : desconoces los progresos de mi pensamiento, no lees en mis ojos, ni sabes que al sacudir tu sueño vas á encontrarte solo en la tierra, ya que sola debo subir hasta Dios.

— ¿Qué decís? exclamó Enrique. ¿También pensáis en morir?

Remigio, á quien despertó el doloroso grito del conde, levantó la cabeza y escuchó :

— Me habéis visto orar, ¿no es verdad? preguntó la dama á Enrique.

Éste contestó afirmativamente.

— Esa plegaria era mi despedida de la tierra, y esta alegría que habéis notado en mi rostro, esta alegría que inunda mi corazón en este momento, es la misma que observaréis en mí si el ángel de la muerte viniese á decirme : — ¡Levántate, Diana, y sígueme á la presencia de Dios!

— ¡Diana! ¡Diana! murmuró Enrique. ¡Ah! Ya sé por fin como os llamáis... ¡Diana!... ¡Nombre querido! ¡Nombre adorado!

Y el desgraciado se postró á los pies de aquella mujer repitiendo su nombre con toda la embriaguez de un inexplicable delirio.

— ¡Silencio! dijo ella : olvidad ese nombre que

ha salido involuntariamente de mis labios, porque ningún mortal tiene derecho para rasgarme el corazón pronunciándolo.

— ¡Ah! Por el cielo, replicó Enrique : ahora que sé vuestro nombre no me digáis que queréis morir.

— No he dicho eso, caballero, respondió la dama con sosiego; digo que voy á dejar este mundo de lágrimas, de odio, de viles pasiones, de intereses infames y de deseos sin nombre; digo que nada tengo que hacer entre las criaturas, á las cuales hizo Dios mis semejantes; mis ojos carecen ya de lágrimas, la sangre no hace palpitar mi corazón, mi cabeza no abriga un solo pensamiento desde que ha expirado el pensamiento que la ocupaba enteramente; soy una víctima despreciable, puesto que nada sacrifico, ni siquiera un deseo, ni una esperanza, al renunciar al mundo; pero tal como soy me ofrezco al Señor, que me recibirá según su misericordia, como confío, ya que me ha hecho padecer tanto y no ha permitido que sucumba á mis tormentos.

Remigio, al escuchar estas últimas palabras, se levantó y se acercó á su ama diciendo con amargura:

— ¿Me abandonáis?

— Por Dios, respondió Diana levantando hacia el cielo su mano pálida y flaca como la de la sublime Magdalena.

— ¿Conque es cierto? replicó el criado dejando caer la cabeza sobre el pecho. ¿Conque no hay duda?

Y al mismo tiempo cogió la mano de su señora y la estrechó contra su corazón como hubiera podido hacer con la reliquia de una santa.

— ¿Qué valgo yo al lado de estos dos corazones? dijo el joven con temblor convulsivo.

— Vos sois, le respondió Diana, la única persona á quien he mirado dos veces desde que mis ojos están condenados á la oscuridad.

Enrique se postró de nuevo exclamando :

— ¡Oh! gracias, gracias, porque acabáis de manifestaros á mí enteramente, gracias, porque veo con claridad mi destino : desde este momento ni una palabra de mi boca, ni un suspiro de mi corazón descubrirán en mí al hombre que os ama. Perteneceis al Señor, y yo no puedo tener celos de Dios.

Acababa de pronunciar estas palabras y se levantaba penetrado de ese encanto regenerador que acompaña á toda resolución grande é inmutable, cuando allá á lo lejos, en la llanura, cubierta todavía de vapores que iban disipándose gradualmente, resonó confuso y prolongado sonido de clarín.

Los gendarmes corrieron á las armas y montaron á caballo sin esperar la orden del jefe.

Enrique escuchaba atentamente, y exclamó de repente :

— Señores, señores, son los clarinetes del almirante, los reconozco. ¡Dios mio, haced que me anuncie la llegada de mi hermano!

— Ya veis como deseáis todavía alguna cosa, le dijo Diana, y como amáis á alguno en el mundo. ¿Por qué, pues, habéis de elegir la desesperación como los que nada desean ya, ni á nadie aman?

— ¡Un caballo, gritó Enrique, venga un caballo!

— ¿Y por dónde saldréis, preguntó el oficial,

cuando estáis viendo que el agua nos rodea por todas partes?

— La llanura está transitable, y cuando ellos tocan sus clarines, es prueba de que caminan sin obstáculo.

— Subid á la parte más alta de la calzada, señor conde, respondió el oficial; el día se vá despejando, y tal vez podréis descubrir alguna cosa.

— Voy á hacerlo sin demora, respondió el joven, dirigiéndose en efecto á la eminencia designada por el oficial, entretanto seguía el sonido de los clarines, siempre por intervalos, sin aproximarse ni alejarse.

Remigio había vuelto á colocarse al lado de Diana.